

NICOLÁS E. NAVARRO

Tema: "El Clero, factor de Patria en Venezuela".

28 de octubre de 1924

Señor Ministro de Instrucción Pública.

Señor Director de la Academia Nacional de la Historia.

Señores Académicos.

Señores y señoras:

No quiero, ni podría tampoco, ocultar la viva satisfacción que me causa el tomar asiento en el seno de este areópago ilustre, suerte de institución quincecensural, quien cumple el alto encargo de velar por la integridad de nuestros anales y mantener incólume el tesoro de hechos y documentos que encierran la vida de la Nación, los cuales serán enseñanza de las generaciones sucesivas y por la virtud de cuyo encadenamiento, perpetuándose y compartiéndose de siglo en siglo el honor y la responsabilidad de los actos, se afirma y magnifica esa entidad augusta de la Patria. Entidad cuyo concepto es tan sagrado y el preferente amor que se la profesa tan legítimo que el Cristianismo, con ser el heraldo por antonomasia de la fraternidad universal, ha reservado, sin embargo, sólo para el otro mundo la eliminación de fronteras y la mezcla de todos los hombres dentro de los linderos de una patria única: la Patria Celestial.

Agradezco sobremanera la honra con que esta Academia se ha dignado distinguirme inscribiéndome en el número de sus Individuos. Bien sé que no entro aquí como por derecho de nacimiento, pues ni el estatuto ni la práctica tradicional de esta Corporación la obligan a destinar siempre uno de sus sillones a algún sacerdote, aun cuando no sea este mío el primer caso de la sotana clerical esparciendo el sagrado aroma del incienso en el recinto de este instituto, santuario también, donde se rinde culto a uno de los más férvidos ideales que enardecer pueden el corazón del hombre sobre la tierra. Por ahí resúltame todavía más apreciable el testimonio de benevolencia recibido de vuestra parte, cuando pudisteis sin ningún escrúpulo fijar los ojos en cien otros conspicuos candidatos y os conformasteis, en el ejercicio de vuestra amplia libertad de elección, con los pobres méritos que creísteis hallar en mí, como credencial suficiente para ofrecerme sitio en vuestro brillante cenáculo. Sea yo bastante afortunado para no deslustrar la gallardía de ánimo que pusisteis de manifiesto al dispensarme tamaña deferencia.

Yo vengo, por otra parte, a ocupar un sillón ennoblecido por quien supo juntar al honor de su clara estirpe la afición a los provechosos estudios y la perseverancia indeclinable en las pacientes investigaciones. El señor D. Felipe Francia fue, en efecto, un modelo de laboriosidad en la persecución de datos para reconstruir la prosapia y origen de nuestros próceres o de los personajes venerables que han lucido preseas de abolengo en el seno de la sociedad venezolana. Era un gusto verle entregado a sus serias e interesantes búsquedas; y al tropezársele, ya entre los rimeros de expedientes del archivo arzobispal, ya repasando los viejos folios del Cabildo Metropolitano, con su aspecto grave, su porte señoril y su innata suavidad de modales, sentíase uno inclinado a reverenciarle como a la sombra de uno de aquellos monjes de la Edad Media que en el fondo de los claustros benedictinos salvaban para la civilización el invaluable patrimonio de los vetustos

palimpsestos. Él halló así un útil entretenimiento de los ocios que le proporcionaba su bienestar económico en seguir el curso, por entre el polvo de legajos y descoloridos pergaminos, del hilillo de sangre preclara con que pudiera preciarse su héroe y las excelencias de linaje que, condensándose en éste, hiciéranle aparecer como el renuevo más egregio de su añoso tronco. ¿Ni quién dirá que sean superfinas semejantes averiguaciones? Ya nadie niega los influjos de la herencia en lo moral y físico de razas y familias, y con sobrada justicia nos estamos gloriando de haber tenido como Libertador y Padre de la Patria al genio en quien culminaron, cual la expresión más excelsa de su eficiencia, las superiores cualidades de una alcornia cuyos primeros eslabones resplandecen en lejanías de remotísima antigüedad.

Es innegable que, de ordinario, los humanos antes aprecian el hombre que la fortuna y estiman el honor de su estirpe, aun entre las libreas de la pobreza, mucho más que la riqueza desprovista de consideraciones. De ahí el ardor que ponen cuantos no tienen antepasados de nota, en crearse un nombre que puedan transmitir a sus descendientes. De ahí que la riqueza plebeya guste siempre de ataviarse con blasones nobiliarios y no le duelan prendas con tal de injertarse en viejos troncos carcomidos —expuestos por las vicisitudes del tiempo a buscar un riego salvador—, a fin de adquirir una carta de nobleza que la redima de las impurezas de su gleba originaria. De ahí, en fin, ese orgullo común a todos los pueblos, que son también familias, de exaltarse a sí propios sobre los demás y cifrar los ciudadanos su gloria en llamarse hijos de la patria respectiva.

Si quisiéramos encarecer hasta lo sublime el mérito de las genealogías —que indudablemente arrojan mucha luz en las disquisiciones históricas—, bastáranos evocar el papel que ellas desempeñan en la vida de Cristo, y el cuidado con que dos de los Evangelistas, aquellos por quienes Jesús es designado preferentemente con el título de *Hijo del Hombre*, Mateo y Lucas, inician su relato sacando a relucir el regio abolengo del Mesías. Cuarenta y dos generaciones contáronse desde el tronco abrahámico hasta esa vara y flor de la raíz de Jessé, que había de ser puesta por bandera de los pueblos y a la cual invocarían todas las gentes. Y si nos remontamos todavía, en solicitud de la primitiva fuente de esta sangre predestinada, el árbol genealógico nos dará aún otras veinte generaciones hasta la cepa de Adán, con lo cual se completan los sesenta y dos anillos de la mesiánica ascendencia que en los umbrales del Nuevo Testamento hallamos grabada. Y quizá no esté de más apuntar aquí, señores, la consideración de que en esa luenga serie de átavos se produce un verdadero trabajo depurativo, de suerte que a cada nueva etapa nótase un fruto de virtud más exquisito y sólo ya en la más tardía, en la postrimera de las ramas, es donde resulta aquel vástago de refinadísima selección que en los arcanos de Dios debía servir a la realización del supremo destino de la humanidad. "El Cristo en el seno de su Padre —ha dicho un insigne pensador— es la paloma impaciente que quisiera salir del arca y volver hacia la tierra: sesenta y dos veces mira si las aguas del diluvio se han retirado, sesentiuna veces no halla suelo donde posarse". ¿No se diría que hay en esto la insinuación de una ley histórica, y que al predeterminar Dios una criatura para una misión trascendental, arregla de tal modo en su providencia el desarrollo de los acontecimientos que la haga aparecer en el momento oportuno como el más acendrado, como el definitivo producto glorificador de su casta y de su raza?...

Se puede, por lo tanto, concluir que merece asaz la pena volver hacia atrás la vista para seguir en la oscuridad de lo pasado la línea luminosa que trazara en el tiempo la huella de nuestros abuelos, y, siendo como es tan natural, nada tiene de censurable este sentimiento, que más bien sirve de móvil a grandes e hidalgos hechos, y que valdrá siempre

para conservar, junto con el apego al hogar doméstico, la fidelidad a las tradiciones nacionales. Es ésa manera harto digna de tornar cada cual a su primera familia — *unusquisque rediet ad familiam pristinam*¹— imitando sus altos ejemplos o ennobleciéndola con las propias acciones. Pero sí es preciso mantener dentro de los justos límites y no dejarse dominar por el prurito genealógico hasta el extremo de incurrir en extravagancias que expongan al ridículo y aun empañen la autenticidad de las más lustrosas parentelas. En el empeño de hallar remotos entronques retrasando más y más los orígenes de la prosapia, córrase el riesgo de caer en el piélago insondable donde todas las aguas de la vida se confunden, donde está el principio universal de la fraternidad humana por ser todos los hombres miembros de la progenie adánica. Y nadie podría entonces alegar como mérito, a la manera de la citada genealogía evangélica, el de ascender por un enlace ininterrumpido de generaciones hasta el mismo primer padre y su Creador: *qui fuit, Adam, qui fuit Dei*.² No hay que traspasar, no, en materia de abolengo, los términos de lo razonable y aquí, como en todo lo demás, débese observar la sabia moderación que el discreto Horacio pregonaba,

*sunt certi denique fines,
Quos ultra citraque nequit consistere rectum.*³

Tales excesos era también lo que reprobaba el apóstol San Pablo, aplicándoles el duro calificativo de necios, y tildando de inútiles y vanas las cuestiones por ellos suscitadas, cuando proveía a que los primeros cristianos no perdiesen el tiempo ocupándose en aquellas interminables genealogías, tan del agrado de los judíos, cada uno de los cuales pretendía por ese medio descender de los personajes más gloriosos de la antigüedad.⁴

No será ciertamente a don Felipe Francia a quien podamos acusar de parecidas desmesuras, y su curiosidad de linajista quedará siempre como una bella y útil contribución a los fines que va cumpliendo esta Academia Nacional venezolana de la Historia.

Permitidme ahora ocupar un rato vuestra atención con ciertas pocas variaciones sobre un tema que bien comprenderéis cuánto encierra para mí de grato. Quiero hablar de la parte que ha cabido al elemento religioso en la formación de la patria venezolana.

No llevéis a mal, empero, que antes de entrar en materia me permita dedicar una sentida conmemoración al venerable Maestro cuya ausencia llora hoy esta Academia: el integérrimo D. Felipe Tejera, gloria de nuestras Letras, y a quien la patria historia es deudora de muy valiosas producciones: él constituía, podemos decir, el último representante de una época literaria que refulgió con brillo inmarcesible para la celebridad intelectual venezolana, y la intachable rectitud de su conciencia, aferrada a los viejos principios cristianos, blasonadora de una firmeza que no faltará quien moteje de arcaica, perdurará siempre en la memoria como un perfume sagrado, tras el cual se pueda correr para inspirarse en las normas de tan genuina ejemplaridad. Pasando, pues, tan cerca de esa tumba recién cubierta, érame imposible no dejar sobre ella caer esta humilde flor de recuerdo, que es a un tiempo testimonio de honor y de gratitud.

Puestos ahora los ojos en nuestro asunto, digo que, desde luego, menester es convenir en que los primeros gérmenes de esta patria fueron poco a poco reunidos e

¹ Lev. XXV, 10

² L. III, 38

³ Hor. *Sat. I, 1, 105 y 106*

⁴ Cf. Tim. I, 1, 4; Tt., 3, 9.

informados a virtud del generoso esfuerzo y la constancia heroica del vital elemento religioso. La gran masa de gente que provenía de nuestra raza indígena y que constituía la base de la población del país en los días de la independencia, y los ciento veinte mil indios puros entonces en vía de civilización eran el resultado del tenaz ahínco puesto por los misioneros en someter al régimen estable de la sociedad los grupos nómadas y harto degenerados que vagaban por la vasta extensión del territorio. Es notable la insistencia con que ellos se lamentan, en sus historiales, de la repugnancia de sus neófitos por la vida "política", y asombra el tesón que de su parte empleaban para aficionar de todos modos a una honesta condición civil aquellos hijos de la selva. No se contentaba, pues, el misionero con infundir en el ánimo del indígena algunas nociones de la Religión, ni se daba por bien servido con lograr que admitiese el bautismo, aunque luego se restituyese a sus montes; sino que se afanaba hasta morir en adaptarlo a las costumbres civilizadas, y lo establecía en poblaciones, y lo educaba en las artes propicias al apego del terruño, y le inspiraba el sentido cristiano de la familia, y le enseñaba a vivir en consorcio pacífico con sus semejantes, y lo protegía contra los agravios que el conquistador feroz o el colono inhumano le irrogaban, y aun le comunicaba con los rudimentos de letras el aprecio de la inteligencia y el sentimiento de la superioridad espiritual. ¿Quién negará, señores, que es así como se echan los cimientos de toda verdadera patria?

Si volvemos la vista hacia otro aspecto de la organización social en aquella apartada época de la colonización venezolana hallaremos asimismo que fue la influencia religiosa lo que salvó del desastre aquellos núcleos de aventura, en cuyo seno fácilmente prosperaba la anarquía y donde las pasiones brutales tenían tan continua ocasión de desbordarse. Sólo el poder de la fe, sostenido por la Religión, llegó a mantener un camino siempre abierto hasta la conciencia de aquellos hombres, logrando en medio de los horrores de la conquista y sobre todo al aplacarse la furia de aquel desbordamiento, la eficacia superior para purificar los espíritus y enaltecer los corazones. Todo lo cual significa que Venezuela se formó socialmente bajo el magisterio de la Religión, y por eso llegamos a tener un pueblo morigerado, donde la honestidad de costumbres halló cultivadores, donde las necesarias diferencias sociales estuvieron admirablemente suavizadas por el sentimiento augusto de la fraternidad cristiana, y donde todas las energías del carácter pudieron desarrollarse para alcanzar las mayores cumbres de la grandeza moral. Pues bien, señores, cuando un pueblo se cría así, preciso es reconocer que ha recibido los principios esenciales para constituir una patria.

Nuevo punto sobre el cual es justo llamar la atención al tratarse de la acción religiosa en nuestro país es el de su personalidad histórica. Hecho evidente es que nosotros no debemos la noticia de nuestra primera edad y de las tremendas vicisitudes por las cuales pasó la primitiva obra de nuestra organización social y política, sino al trabajo y a la pluma de los hombres de la cogulla y el sayal. Sin ellos no tendríamos anales, y ya sabéis que pueblo sin anales, pueblo sin historia escrita, no se cuenta para nada en la vida de la humanidad: *ignotis perierunt mortibus illi*.⁵ Basta mencionar, entre otros, los nombres de Fray Pedro Simón, Fray Pedro de Aguado, Fray Antonio Caulín, franciscanos, y del jesuita P. José Gumilla, para que aparezca de bulto la gran deuda de gratitud que, como nación, tenemos contraída con la memoria de aquellos meritísimos varones. Amén de que a sus filas pertenecieron los fundadores de la mayoría de nuestras poblaciones; y después, sus testimonios y datos fehacientes sirvieron de base a la República para los reclamos ante la

⁵ Hor. Sat. I, 3, 108

invasión extranjera y para asentar firmemente la integridad de sus fronteras, como se han visto obligados a reconocerlo aun escritores que no les son afectos. ¿Qué importan las fallas que la crítica de nuestros días pretenda descubrir en sus relatos? ¿Qué importan las divergencias entre el criterio filosófico que hoy prevalece y la clásica exposición y comentario de los sucesos, que ellos emplearon? ¿Qué importa la candidez y quizás la excesiva credulidad que en ciertas materias alguna vez manifestaran? ¿Qué importa, en fin, la inverosimilitud de algunos pormenores en la narración de tales o cuales hazañas, ya de por sí hartas estupendas, de la gesta conquistadora? Nada de ello desvirtúa el mérito sustancial de tan famosos escritos, nada empaña el heroísmo de sus autores, que, bien acaudalados de ilustración y talentos, sacrificaron toda humana aspiración a un servicio oscuro en lo más espeso de nuestros bosques. Ni será en vano recordar a cuento cómo bajo la cubierta fabulosa de los episodios de la Eneida palpita la realidad viviente de la lucha entre dos civilizaciones, la más excelente de las cuales, a pesar de todas las violencias con que había de imponerse, llevaría consigo las ventajas de un más elevado culto religioso:

*Multa quoque et bello passus, dum conderet urbem
Inferretque deos Latio.*⁶

Algo otro todavía nos es lícito aducir. El nombre que por largos años estuvo consagrado como del historiador primitivo de Venezuela: el de D. José de Oviedo y Baños, quien puso en sus narraciones cierto amor y gracia de estilo que en todo tiempo sugestionarán intensamente; ese nombre brilla en nuestros fastos merced a la influencia religiosa, ya que de la mano de un Obispo fue traído a nuestras playas, de aquel Obispo D. Diego de Baños y Sotomayor, que dejó estela refulgente por su saber, sus trabajos superiores y el gran decoro de que supo rodearse, en los anales de nuestra Iglesia. Porque fue también uno de los beneficios que aportaron aquellos Prelados al mejoramiento social de la colectividad venezolana, el de las personas de su parentela que les acompañaban y por quienes se efectuaban nuevas y preciadas vinculaciones con las familias ya existentes en el país. El de Oviedo y Baños despierta por igual el recuerdo de otro patronímico procer, introducido por el célebre Obispo Fray Mauro de Tovar, de la Orden Benedictina, el primero que ocupó la sede después de su traslación canónica de Coro a Caracas, y respecto de cuya rudeza en el manejo del cayado pastoral hicieron lenguas los antiguos cronistas. Yo, en cambio, debo declarar que he hallado en los archivos la constancia más honrosa de su interés por el progreso, de su eminente caridad, manifiesta particularmente con motivo de la espantosa catástrofe sísmica de 11 de junio de 1641, y de su valerosa actuación en pro de la defensa pública en días conflictivos para la ciudad y provincia. Os narraré un caso, que creo no han recogido otros escudriñadores, pues ello contribuye también en cierto modo a la ilustración de mi tema. No haré, empero, sino reproducir los términos del acta capitular respectiva, sacándola de mi noticia ya publicada acerca del Obispo Tovar. Esa acta corresponde al 10 de septiembre de 1642, y reza como sigue:

"Congregado Su Señoría Iltrma. con su Cabildo por la tarde, atenta la novedad de haberse embarcado el Señor Gobernador Rui Fernández de Fuenmayor en el Puerto de La Guaira, llevándose mucha gente en persecución de la facción de la isla de Curazao, o a Cumaná, o como otros decían a la isla de la Tortuga; haberse venido dos tropas de Indios

⁶ Virg. Ev., I, 5, 6.

que había dejado en La Guaira, y haber quedado desamparado aquel Puerto con sólo los enfermos expuestos a perecer: y habiendo llamado a este mismo acto a los dos Alcaldes ordinarios y Procurador general, se insinuó a éstos la urgentísima necesidad en que estaban de ocurrir a poner esta ciudad y Puertos marítimos en estado de de-fensa, así de enemigos como de los Negros levantados y cimarrones de esta Provincia, donde habitaban tantos, que para cada persona había cuarenta Negros; ofreciendo al efecto de la defensa Su Sría. Itma. y señores capitulares sus personas y las de todos los clérigos, aun para apostarse en algún punto: los dichos Alcaldes se prestaron a todo: se señaló el edificio que estaba en pie de la iglesia para custodia de las armas y acogimiento de mujeres y niños en cualquiera invasión: se mandaron dos clérigos a La Guaira para recoger todos los enfermos que allí hubiese, y los que estuviesen en el camino; y se ofrecieron Su Sría. Itma. y señores capitulares aun a recibirlos y acomodarlos en sus casas."

Tales ejemplos de entereza y decisión hasta el sacrificio de la vida por la incolumidad del nuevo país no podían menos de conservarse con honor en las tradiciones de familia, animando siempre a imitarlos, y engendrando ya el concepto de la patria criolla, por la capacidad de los nativos para defender por sí propios los intereses de este suelo; concepto que fue desarrollándose en perenne gestación, hasta traducirse en sacudidas bien características, como lejanos preludios del formidable estallido emancipador.

Tampoco es posible omitir en esta sucinta reseña la parte principalísima que cupo al elemento religioso en la primera formación intelectual de nuestra patria. Pero a ese respecto repetiré no más lo que ya en otra memorable ocasión me fue dado proclamar, tocante a la influencia de la Iglesia en la civilización de Venezuela.

El hecho es que la mentalidad venezolana despertó al conjuro de la Iglesia y que todo el desenvolvimiento intelectual que se produjo en nuestra patria durante el régimen colonial —en la carencia absoluta de recursos que se padecía— y que luego ilustró a la República en las primeras épocas de su existencia, debe atribuirse a las luces y a los esfuerzos del Clero.

Yo reviso nuestros anales y encuentro que mientras los misioneros se gastaban infundiendo a sus neófitos el conocimiento de la religión y acostumbrándolos al habla castellana, no sin ejercitarse ellos a su vez y de un modo científico en el aprendizaje de los idiomas indígenas⁷ —lo cual nadie negará ser ahínco en pro de la cultura—, los obispos y sacerdotes se dedicaban solícitos en los centros sociales más elevados a proporcionar instrucción y ejercitar en las nobles tareas de la inteligencia, a una juventud que no hallaba en otra parte el estímulo para tales faenas. "Sin disputa alguna —ha dicho uno de nuestros escritores más renombrados—, la instrucción elemental y de idiomas comienza en Caracas con los conventos y con los prelados... La cooperación del clero, como agente de instrucción, descuella no sólo en el desarrollo del Seminario, y después en la Universidad de Caracas, sino también en las escuelas de primeras letras, regentadas por los frailes en los mismos conventos, con el carácter de educación privada y gratuita... El primer colegio de niñas durante la colonia fue obra de un clérigo, el Pbro. Malpica; y los estudios

⁷ El capuchino P. Carabantes, uno de los más célebres misioneros de nuestra región oriental, publicó las tres obras siguientes: *Diccionario de lenguas indígenas*; *Gramática, Arte y Vocabulario de la lengua de los indios Caribes en la Nueva Andalucía* y *Sermones en lengua de los indios Caribes*. El P. Francisco de Tauste, otro célebre misionero capuchino, publicó una obra con este título: *Gramática, Diccionario y Catecismo de la lengua de los Chaimas*. (Las antiguas Misiones Capuchinas de Cumaná y Maturín, págs. 53 y 54.)

matemáticos se abrieron en la Universidad de Caracas bajo el dictado de un sabio capuchino, del Padre Andújar, uno de los maestros que tuvo Bolívar antes de su salida de Caracas en 1789".⁸ Y bien es recordar aquí, para que se vea con cuánta ligereza se ha hablado de la "escasa cultura" del Misionero, que ese mismo Padre Andújar, "afamado por su mucha erudición", fue a morir misionando en Parapara, regiones del Orinoco, adonde se había trasladado con su "hermosa librería y sus instrumentos de Física".⁹

Porque es preciso proclamar también que si hubo libros entonces en Venezuela, éstos se hallaban sólo en las bibliotecas de los conventos y del obispado, y que no estaban allí esos libros en inútil depósito sino para alimentar la inteligencia de una generación deseosa de saber; la cual allí efectivamente alcanzó toda la cultura clásica que ha dado justa fama a las letras venezolanas, así como en las aulas ya dichas se adquirió la instrucción científica que en aquellos tiempos era posible al venezolano poseer.

¿Cómo no engrerámos, señores, pudiendo rememorar que fue un religioso de la Merced, Fray Cristóbal de Quesada, quien inició a Bello en los conocimientos literarios,¹⁰ y que en el Seminario Tridentino, bajo el sapiente magisterio del Pbro. José Antonio Montenegro y la alta enseñanza del Dr. D. Rafael de Escalona (aquella lumbrera del Sacerdocio que dejó en nuestra Iglesia y particularmente en los anales del Cabildo Metropolitano prolongado rastro de su brillante actuación e influencia), se nutrió él desde los primeros años con el estudio de los clásicos latinos y españoles, para formarse aquella prodigiosa mentalidad que, entre otras primacías indiscutibles, le alcanzó el principado supremo en el campo de las letras americanas? Y ello con tanta mayor razón cuanto que no faltan motivos para lamentar en nuestros tiempos el descuido de semejante estudio, con no poca desventaja en el cultivo y esplendor de la gaya ciencia.

Yo sigo revisando nuestros anales y hallo que sólo un viejo fraile franciscano, el Padre Puerto, fue encontrado por Humboldt en Caracas poseyendo algunas noticias de la astronomía moderna; y hallo al Padre Sojo, espíritu progresista que gustaba de dar buena acogida a los peregrinos del saber, como fundador entre nosotros del arte musical; y hallo que son sacerdotes los que porfían por introducir en las cátedras universitarias los nuevos métodos de enseñanza filosófica;¹¹ y hallo que los estudiantes encuentran fuera del recinto universitario, no satisfechos del régimen cancelarial, cátedras públicas en los conventos para cursar sus estudios; hallo, en fin, que en el momento de entrar la Universidad en nuevas sendas de progreso, surgida ya la patria a vida independiente, es entre las manos de un sacerdote ilustre como comienza a ejercer esa fecunda actividad, y es bajo la autoridad

⁸ Arístides Rojas, *Orígenes Venezolanos*, tomo I, págs. 307 y 310

⁹ *Ibid.*, pág. 318

¹⁰ Refiérenos, en efecto, el señor Amunátegui, en su historia del sapientísimo caraqueño, que a causa del incontestable talento y extraordinaria dedicación al estudio que el niño Andrés manifestaba, su tío materno, Fray Ambrosio López, religioso del convento vecino, persuadido de la conveniencia que había en cultivar con esmero un entendimiento tan privilegiado, le proporcionó un profesor como muy pocos iguales se hubieran hallado entonces en toda la extensión de la América Española. Ese profesor era otro religioso mercedario, llamado Fray Cristóbal de Quesada, quien gozaba por entonces en Venezuela de una grande y fundada reputación de saber. Por cierto que este religioso había tenido en su vida una época algo agitada, durante la cual llevó, con el traje secular, el nombre de don Carlos Sucre. Mas, recogido a su convento, donde ejercía el oficio de bibliotecario, adquirió la fama de ser uno de los más consumados latinos, teniendo el niño Bello la fortuna de principiar el estudio de la latinidad y aprender también el castellano bajo la dirección de tan hábil humanista.

¹¹ Cf. *Historia de la Universidad Central de Venezuela*, por el Dr. Juan de D. Méndez y Mendoza, tomo I, págs. 116-118

de ese sacerdote que se obtiene sean suprimidas las trabas que pudieran impedir el futuro desenvolvimiento del egregio Instituto.¹²

Yo continúo mi excursión por las catacumbas de nuestro pasado y otras sombras de sacerdotes se alzan para recordarme que fueron ellos quienes, además de plantar las semillas que serían más tarde fuentes copiosas de incomparable riqueza para la nación, enseñaron, primero que ninguno, métodos de cultivo y propendieron al fomento de las industrias con ingeniosas y prácticas invenciones.

Por último, para completar esta rápida revista de la significación del clero como factor nada despreciable en el desarrollo de la intelectualidad venezolana, es preciso no olvidar que en los primeros tiempos de la República brillaron en la Iglesia varones de cultura superior que, ya en el Parlamento, ya en los consejos del Gobierno, ya en las cátedras de enseñanza, ya en la tribuna sagrada, ya en las altas dignidades eclesiásticas, honraron las sagradas vestiduras y fueron paladines de la civilización y del patriotismo. Los nombres de Ávila, Talavera y Garcés, Alegría, Espinoza, Méndez, Fortique, tomados así al azar, recuerdan talentos y caracteres poderosos con que podrán ufanarse en toda hora los fastos de la mentalidad nacional.

Y valga en elogio de todos lo que el príncipe de nuestros historiadores dice de aquel Doctor José Antonio Montenegro, a quien llama "el bueno, el afectuoso, el sabio que fomentó las reformas literarias con sus propios trabajos, alentó la juventud estudiosa con sus consejos, su ejemplo y sus escasos bienes de fortuna" y tuvo la gloria de contar entre sus alumnos y favorecidos a los hombres que se distinguieron más en Venezuela por la virtud y por la ciencia, en aquellos primeros días de su vivir autónomo.¹³

Sea la última nota en el asunto propuesto la referente a la participación del clero en la lucha por la Independencia. De sobra está ya hoy comprobado que no fue poco el contingente de luces, de influjo y de sacrificios ofrendado por nuestro elemento clerical en aras de la máxima empresa libertaria. La Iglesia puso el dinero de sus arcas decimales y las ricas alhajas de sus templos a disposición de los gobiernos patriotas; y un gran número de ministros del santuario, acaso el más abundante entre todos los pueblos hermanos, ya de la alta categoría de su milicia, ya de sus filas inferiores, ya de la clerecía regular, tomaron desde el principio parte muy activa en el afán de lograr la plena soberanía de la Patria. No siempre esa intervención procedió de acuerdo con las imposiciones del estado eclesiástico, pero, hechas las debidas reservas, vale bien la pena de reivindicar para el clero venezolano la porción no exigua de alabanza que le corresponde en aquella trascendental demanda, tanto más cuanto la Iglesia hubo de sufrir tales bajas a consecuencia de tamaño trastorno, que luego le dificultaron sobremanera su saludable actuación en medio de los pueblos. He hablado de "reservas": son ellas las mismas que ya otra vez tuve ocasión de expresar, y las cuales juzgo igualmente oportuno repetir en la presente circunstancia:

"Cuando aplaudimos la actitud patriótica del sacerdote y nos regocijamos por los servicios que él ha prestado a la causa nacional, no entendemos referirnos sino a los hechos en que el decoro y las exigencias del estado sacerdotal quedaron bien resguardados. De ninguna manera intentamos aprobar aquellos procederescabellados en que el ministro

¹² Cf. Dr. Juan de D. Méndez y Mendoza, *op. cit.*, tomo I, págs. 359-362

¹³ Baralt, *Resumen*, tomo I, pág. 429. (Pertenece lo repetido, con algunas adiciones de ahora, a la segunda conferencia: *Los Obispos y el Clero*, de las cuatro pronunciadas por el autor de este discurso, en la Catedral de Caracas, en torno del tema "la influencia de la Iglesia en la civilización de Venezuela", el mes de mayo de 1913, cuando el XVI centenario de la paz constantiniana de la Iglesia.)

del santuario, desatendiendo los reclamos de su sagrada dignidad, violando las canónicas prescripciones, se lanza al campo de la lucha armada para blandir el sable y teñirse las manos con la sangre de las batallas. Cada categoría de individuos tiene su puesto en el movimiento social, y según sea la categoría a que se pertenezca así será la forma de su influencia en los asuntos públicos: rarísima vez ocurrirán tan anormales circunstancias que puedan excusar una pasajera alteración de ese orden exigido por la naturaleza."¹⁴

Esto sentado, me es placentero recordar que el señor Landaeta Rosales, tan acucioso recopilador de datos y que granjeó muy justa fama en su labor tan modesta como útil, logró formar una lista de ciento veintisiete nombres de sacerdotes que sirvieron en Venezuela a la causa de la Independencia, a más de los veinte que fueron enviados prisioneros a España, de catorce que no pudieron ser habidos y de treinta y seis que emigraron. No menos valioso es el dato que nos ofrece nuestro distinguido colega el Dr. D. Vicente Dávila, en su índice de causas de infidencia, inserto en el *Boletín del Archivo Nacional*, con sus ciento diecisiete expedientes de sacerdotes acusados como fomentadores de las ideas separatistas; ni es por demás hacer constar que abundan los nombres de frailes tanto en la una como en la otra enumeración. ¿No bastan esas cifras para demostrar que la mayoría del clero venezolano abogó por la causa de nuestra emancipación política, pues se trata aquí de una agrupación social que necesariamente ha de ser reducida en número?

Dos nombres solamente quiero pronunciar ahora para compendiar en ellos el honor y el mérito de esos proceres del estado eclesiástico en el ardor de la contienda épica y en la primera organización de la República. Mencionaré, por un lado, a José Félix Blanco, venerada como debe ser especialmente su memoria en el recinto de esta Academia, y cuya actuación demasiado belicosa en el curso de la lucha queda compensada por la tarea meritísima a que se consagró en la última etapa de su existencia, dividiendo su tiempo entre los servicios del santuario y el culto del Libertador, cuidando solícito, como el primer analista de la Nación emancipada, de recopilar los documentos que habían de servir para redactar la historia de la vida pública del Padre de la Patria; y mencionaré luego al obispo de Mérida, Lazo de la Vega, quien, después de resuelto satisfactoriamente su problema de conciencia respecto de la revolución emancipadora, tomó parte muy activa en los negocios del gobierno, mereciendo que de él se dijese que "estaba más patriota que Bolívar" y que "era una fortuna loca tenerlo en la República".

Con todo lo cual, señores, me parece haber dicho lo suficiente para presentar ante vosotros al clero como un gran *factor de Patria* en Venezuela.

Concluiré este desmañado discurso con una afirmación de principios. Es preciso, al escribir la historia, no fantasear al arbitrio de teorías para quien los hechos sólo tienen un valor muy relativo, pretendiendo someterlos al contraste caprichoso de nuevas orientaciones filosóficas o aun de simples personales opiniones o malquerencias. No es, en efecto, la filosofía quien debe regir a la historia, sino que la historia es la *antorcha de la filosofía*; porque si ésta se separa de los hechos, si descarta la realidad de lo acontecido para sustituirla con subjetivas apreciaciones, corre el riesgo de quedarse sin nada positivo, de discurrir eternamente por la región nebulosa de las hipótesis, limítrofe del reino de las quimeras. Bien claro enseña la experiencia que hay casos en que la filosofía y toda la ciencia humana se ven forzadas a confesar su esterilidad e impotencia, y que ante la voz

¹⁴ Dictamen, bajo el rubro: *Un aplauso y una salvedad*, acerca del trabajo de Manuel Landaeta Rosales, intitulado: *Sacerdotes que sirvieron a la causa de la independencia de Venezuela, de 1797 a 1823*. Caracas, 1911.

formidable de los hechos ninguna teoría, por más brillante que parezca, es capaz de subsistir. De ahí que cuando en el justo propósito de aprehender el sentido de los acontecimientos, de penetrar el espíritu de los sucesos, se traspasan los debidos límites, las escuelas históricas recojan el papel de las viejas sectas filosóficas, para las cuales era hartamente inasequible la certeza, y sea menester sentarse con el Eclesiastés a aguardar el día de las justicias divinas, para que se nos pongan de manifiesto las verdaderas realidades de la Historia: *Et tempus omnis rei tunc erit.*¹⁵ De ahí las famosas aberraciones que se han abierto paso en el campo de las interpretaciones históricas, y que pudieron justificar, siquiera no lo eximiesen de exageración, el aserto de que la Historia no había sido durante siglos sino "una gran conspiración contra la verdad."

Porque, señores, no hay sino un punto de vista seguro para juzgar de los humanos acontecimientos; un punto de vista que es necesario tener siempre en cuenta, pues fuera de él se extravía irremediablemente el espíritu en los oscuros laberintos del capricho y de los sistemas, cuando no se precipita en las simas de un fatalismo grosero o de un simbolismo absurdo, o bien se deja arrastrar por tendencias enfermizas al triste país de la negación y la impiedad. Ese punto de vista consiste en saber *que la historia es Dios gobernando al mundo mediante su providencia y el mundo agitándose libremente bajo la mano providencial de Dios.*

Señores Académicos:

Podéis contar con que el compañero que os dignáis sentar hoy a vuestro lado os trae, junto con los sentimientos de una fraternidad muy sincera, el firme propósito de colaborar eficazmente, bien que en la humilde medida que le permiten sus escasas facultades, en las patrióticas tareas a que se consagra esta ilustre Corporación.

¹⁵ Ecles. III, 17